

LIBRO III.

LA RELIGION.

CAPITULO I.

Necesidad de una Religion en general.

200. *Preg.* ¿Qué cosa es Religion?

Resp. Es un culto que Dios exige de los hombres, y un cierto deber que les impone,

201. *P.* ¿Y es cierto que Dios exige de nosotros una Religion? ¿en qué fundais esta asercion?

R. En los principios mas sencillos y menos contestados; á saber: *que Dios es un Sér infinitamente perfecto; y el hombre un sér racional.* No hay deísta que reflexionando sobre estas dos proposiciones, pueda rehusar seriamente el admitir una Religion.

202. *P.* ¿Pues qué tiene que ver esta consecuencia con aquellas dos verdades, de que la deducis? En primer lugar, ¿cómo la idea de Dios, infinitamente perfecto, induce la de una Religion?

R. Vedlo: un Sér infinito no puede obrar sino por un fin que sea digno de él: no hay ninguno que sea digno de Dios, sino él mismo: luego sacando á las criaturas de la nada, no ha podido proponerse otro fin; luego por sí mismo ha criado cuanto ha criado; cualquiera otro fin hubiera sido muy bajo, y no habria correspondido á su infinita sabiduría. Siendo esto así, es evidente que ha criado los hombres para sí, y adornádoslos de inteligencia, libertad, y facultad de amar. Debemos pues agradecerle, y reconocer, que el uso mas justo y mas adecuado á los fines de Dios que podemos hacer de estas facultades, es aplicarnos á conocerle y amarle; á conocerle,

porque es la suma verdad, y el principio de toda verdad; y á amarle, porque es bondad infinita, y el mas justo, mas necesario, y mas digno objeto de nuestro amor. Finalmente, si Dios es la suma verdad, la hermosura incomprendible, la bondad infinita, ¿no es de una necesidad indispensable que las criaturas que se lo deben todo, le tributen los homenajes de adoracion, de reconocimiento, y de amor que les sea posible; y por consiguiente, que tengan una Religion? Luego con la idea de Dios está necesariamente unida la idea de la Religion, y nos hace ver como una verdad incontestable la necesidad de ella.

203. *P.* ¿Y porqué no podria un sér racional estar sin Religion?

R. Porque no puede conocer á Dios sin que sienta en su alma sentimientos de respeto, de sumision, reconocimiento y amor hácia el grande autor de la naturaleza. En efecto, consulte el hombre su razon en el silencio de una dulce y apacible meditacion, abra sus ojos, y arroje una mirada sobre el maravilloso espectáculo que le presenta este universo; contemple su magnificencia y armonía; considere la variedad de bienes de que está enriquecido; piense que esta obra tan grandiosa no ha costado á su autor mas que un querer, un acto de su voluntad; ¿qué ideas tan sublimes no se formará entonces de la grandeza, poder, sabiduría y liberalidad de su Criador? Si la admiracion ó el enagenamiento llevan en pos de sí, y excitan los sentimientos del corazon, ¿cuáles serán los ímpetus, y los impulsos de su gratitud hácia este Sér supremo? ¿con qué júbilo, con qué ansiosa solicitud no cantará sus alabanzas y beneficios? Los homenajes mas perfectos del entendimiento y del corazon ¿no le parecerán los primeros y mas justos de todos los deberes? Esta es la conclusion natural que el Real Profeta David ponía al fin del Salmo ciii, en el cual numera admirablemente las maravillas de la creacion¹. ¿Po-

¹ Sit gloria Domini in sæculum; lætabitar Dominus in operibus suis. Cantabo Domino in vita mea, psallam Deo meo, quamdiu sum. Jucundum sit ei eloquium meum, ego vero delectabor in Domino.

drá menos de mirar, no digo como una monstruosa ingrátitud, sino como una extravagancia insufrible, los sentimientos de los que pretenden que el hombre no está obligado á dar culto, ni homenaje, ni reconocimiento; ni amor á este Criador tan poderoso, tan liberal, tan magnífico?... El que niega la existencia de Dios, no puede mirarse sino como un loco: pero el que reconoce que hay Dios, y no obstante eso niega la necesidad de unidad de una Religion, debe mirarse como un hombre detestable¹.

204. *P.* ¿La necesidad de una Religion está fundada tambien en la conservacion de la sociedad?

R. Sí, y ya lo hemos demostrado con toda especie de razones, y autoridades². En efecto, como Dios es el autor de la sociedad humana, no ha podido, sin derogar á su providencia y sabiduría, omitir un medio esencial á la conservacion de su obra. El deísta está obligado á decir que Dios se sirve de la ilusion, de las preocupaciones y de los errores de los pueblos para ejecutar el plan y sistema de la creacion, y tener á los hombres reunidos en sociedad: semejante idea conduce directamente al ateísmo. Por eso los ateos han impugnado á los deístas en esta materia con todas las ventajas posibles. Si hay un Dios, hay una Religion. Los ateos han convenido siempre en esta verdad, y la han probado contra los deístas con todo el suceso que pueden tener unos incrédulos contra otros. « Si hay un Dios, dice el » autor del *sistema de la naturaleza* (t. 2, p. 224), ¿por- » qué no le daremos un culto? ¿Qué idea la de un Dios.

¹ A mí uno y otro me parecen sumamente detestables, y no sé cual mas.

² En el núm. 124. Un filosofo, considerando la Religion con respecto á la sociedad, la llama el foco de todas las virtudes, la filosofia de todas las edades, la base de las costumbres públicas, el medio mas poderoso que tienen los legisladores, mayor y mas fuerte aun que el interés, mas universal que el honor, mas eficaz que el amor de la patria. el garante mas seguro que pueden tener los Reyes de la fidelidad de sus pueblos, y estos de la justicia de sus Reges: el consuelo de los affligidos, el pacto de Dios con los hombres, y para usar de una imágen de Homero, la *cadena de oro que tiene colgada la tierra al trono del Eterno*.

Que, cual inútil, al Acaso
El orbe deja, en tanto que él dormita,
Regir desde el Oriente hasta el Ocaso!

205. *P.* ¿La necesidad de una Religion es tan universalmente conocida, como cierta é incontestable?

R. No hay pueblo sobre la tierra que no rinda algun culto al Señor del universo. El hombre mismo, aun cuando se engañe en la eleccion y objeto de sus homenajes, conoce la obligacion: y sus esfuerzos para *llegar á la Divinidad*, segun la expresion de San Pablo, expresan la voz é inclinacion de la naturaleza, indican al mismo tiempo su verdadero destino, y el fin de su existencia en los designios de Dios¹. Si la barbarie puede llegar hasta el olvido de toda Religion, entonces supon-dremos en él perdida la razon, y por consiguiente no puede ser excepcion en el consentimiento general de los hombres sensatos y racionales: pero esto lo examinamos extensamente hablando de la existencia de Dios (lib. 1, c. 3, § 4, n. 95).

CAPÍTULO II.

La Religion natural.

206. *P.* Supuesto que la naturaleza nos enseña la obligacion de dar un culto á Dios, ¿no es arreglado á recta razon seguir las luces naturales en lo que toca á la especie y reglas de este culto?

R. Si la razon nos indicase la especie de culto, como nos enseña su *necesidad*, ciertamente se la deberia escuchar y seguir; pero al contrario, ella misma nos dice que nada entiende sobre esto, y que conviene buscar esta instruccion en otra parte.

207. *P.* ¿Cómo probais la impotencia de la razon humana en la enseñanza de la Religion?

¹ Fecitque ex uno omne genus hominum inhabitare super faciem terræ, quærere Deum, si fortè attraherent eum, aut inveniant. *Act XVII.*

R. Por la naturaleza misma de la razon, por la de las verdades que ella nos enseña, por la historia de todos los tiempos, y por el estado de la Religion en todo el mundo.

208. P. ¿Cómo probais esta insuficiencia por la naturaleza misma de la razon humana?

R. Aunque la razon nos enseñe algunas grandes verdades, como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, la necesidad de una Religion, etc. esta razon misma, siempre inquieta y curiosa, produce infinitos errores, los cuales debilitan, y algunas veces tambien se oponen y combaten sus sabias instrucciones. Pero aun cuando quedasen inmunes de este peligro aquellas primeras verdades, que el entendimiento admite sin resistencia, sin embargo el espacio de los errores es todavía inmenso; y la razon partiendo de principios los mas incontestables, está aun sujeta á grandes extravíos. A este modo Bayle, discurrendo sobre la bondad de Dios, ha pretendido probar que debia salvar á todo el mundo. Por el contrario Calvino considerando su justicia ha creido que los hombres estaban predestinados á las penas eternas. Su santidad persuadió á Manés que habia dos principios creadores, opuestos el uno al otro. Pope, admirando su sabiduría, y las obras que la demuestran pensó que habitabamos el mejor de los mundos posibles, y que una tierra de pecado era preferible á una tierra de santidad y de virtud. « La razon, dice un hombre á quien los incrédulos escuchan con admirable docilidad, es un principio de destruccion, y no de edificacion; no vale sino para formar dudas, y volverse hácia todas partes para eternizar una disputa, hacer conocer al hombre sus tinieblas, su impotencia, y la necesidad de una revelacion: esta es la de la Escritura (Bayle, *Dic. crit. art. Manichéens*). » — « Es necesario considerar, dice en otra parte (*Contin. des pens. div. t. 3*), que lo que á nosotros nos es tan fácil y manifesto, porque Dios nos ha hecho la gracia de comunicarnos su revelacion, no lo era para aquellos que no tenían mas guía que la naturaleza. El entendimiento humano abandonado á sí mismo, se extravia fácilmente, y pierde el derrotero en un mar tan vasto y borrascoso... Nos asemejamos á aquellos hombres, que

» habiéndose servido de un buen telescopio para ver los » satélites de Júpiter, creieran que los demás los habrian » visto fácilmente por la simple vista, si hubieran querido. » — « ¡O Dios! exclama Montagne (*Essais*, l. 2, c. 12); despues de haber referido los errores de los » filósofos, y de los pueblos gentiles: ¡O Dios, y qué » obligacion no tenemos á la benignidad de nuestro Soberano Hacedor por haber librado á nuestra creencia de esas opiniones vagas y arbitrarias, y haberla colocado sobre la base inmovible de su divina palabra! Todo es vacilante en las manos del hombre ¿puedo yo tener el juicio tan dócil? » — Un filósofo de la antigüedad ha discurrido casi en los mismos términos que estos dos modernos. « En medio de nuestras incertidumbres (dice Platon), el partido que debemos tomar es esperar con paciencia que venga alguno á instruirnos del modo con que debemos comportarnos con Dios y con los hombres. El que os enseñará estas cosas es el que verdaderamente está solícito de vuestra felicidad... » Pues venga luego, responde Alcibiades, dispuesto estoy á hacer cuanto me prescriba, y espero que me hará mejor ¹. » La razon misma, pues, es la que, por sus incertidumbres y variaciones, nos hace sentir la necesidad de una revelacion ².

¹ *Necessarium est igitur expectare donec quis doceat quo animo erga Deos et homines esse oporteat. Alcib. Quando verò tempus illud erit, Socrates? et quis illud docturus est? Lubentissimè enim viderem hunc hominem, quisnam ipse sit. Socr. Hic ille est nimirum qui de te curam gerit. Alcib. Auferat sive caliginem, sive quid aliud voluerit. Ita enim me comparavi, ut nihil eorum, quæ in me imperaverit, subterfugiam, quicumque tandem fuerit vir ille, dummodo melior sim evasurus. Plato, Alcib. 2. Este pasaje y algunos otros han hecho creer á varios autores que Platon, ilustrado sobrenaturalmente, habia vivido en la expectacion del Mesias y del Legislador de los cristianos. Aun se encuentran pasajes mas notables, mas decisivos y mas claros en un libro chino intitulado: *Tchong-Yong*, ó el *medio justo*, que se leia en la China cerca de dos mil años ha, si hemos de dar crédito á los misioneros. Véanse las *Mémoires concernant les sciences, les arts, etc. des Chinois*, París, 1776.*

² Se puede considerar á la razon humana semejante en algun modo á aquellos palacios encantados de los poetas, que en la ex-

§. 2.

209. *P.* ¿Y cómo las verdades enseñadas por la razón nos muestran la necesidad de una revelación?

R. Estas verdades para que hagan una impresión profunda y duradera, y puedan promover y establecer sus consecuencias, necesitan desenvolverse, y obtener una eficacia que la razón por sí sola no podría darles. Cuanto más cierto y constante es á la razón que el alma no muere con el cuerpo, y que el orden frecuentemente violado en este mundo debe ser restablecido en el otro, tanto más conveniente es recurrir á una luz superior para saber con certeza la suerte de una alma separada del cuerpo, y el estado que Dios reserva á los buenos y á los malos. La razón no nos dice nada fijo, ni determinado sobre esto; y cuando se trata de temores y esperanzas, que deben ser aquellos freno del vicio, y estas incentivo á la virtud y consuelo en las adversidades, es constante que las que solo tienen un objeto vago, é indeterminado, no pueden producir sino muy pequeños efectos. Los hombres para resistir á pasiones violentas, arrostrar grandes peligros, para no sucumbir á males extremos, para hacer acciones heroicas por motivos puros y de virtud, en mi concepto, necesitan de una perspectiva de lo porvenir más clara, y distinta de las que la razón puede presentarles.

§ 3.

210. *P.* Digísteis también que la historia de todo los tension de su recinto inmenso contenían habitaciones magníficas, jardines, bosques, lagos, cavernas y precipicios. Es un verdadero laberinto, en donde se pierde todo el que no desconfía de las galerías tortuosas de esta mansión engañosa: el grande arquitecto que la ha formado nos ha dado un hilo para dirigirnos y guiarnos en estos rodeos tan multiplicados y peligrosos. Este hilo es la fe de la revelación, la autoridad de una religión divina.

Hic labor ille domus, et inextricabilis error.
Dædalus ipse dolos tecti ambagesque resolvit,
Cæca regens filo vestigia, *Æn.* VI, 27.

tiempos demostraba la insuficiencia de las luces naturales en materia de Religion; ¿es en efecto así?

R. Lo es: « Las naciones más cultas é ilustradas, dice Bossuet, (*Disc. sobre la hist. univ.* 2 part., c. 16, p. » 254, edic. de 1738), tales como los caldeos, egipcios, » fenicios, griegos y romanos eran los más ignorantes y » ciegos en punto de Religion: tan cierto es, que es necesario ser elevado á ella por una gracia particular, y » una sabiduría más que humana. ¿Quién tendrá valor » para contar las ceremonias de los dioses inmortales y » de sus impurísimos misterios? Sus amores, crueldades, » zelos, envidias y toda clase de excesos, eran objetos de sus fiestas, y de sus sacrificios, de los himnos » que se cantaban, y de las pinturas que se consagraban » en sus templos. El crimen era adorado, y reconocido » como necesario en el culto de sus dioses. El más » grave de entre los filósofos prohíbe el beber con exceso, » excepto en las fiestas de Baco, ó en honor de este dios. Otro, después de haber vituperado, y afeado severamente las imágenes deshonestas é impúdicas, exceptúa las de los dioses, que quieren ser honrados » con estas infamias. No se pueden leer sin un asombroso » estupor los honores que convenia dar á Venus, y las » prostituciones instituidas para adorarla. La Grecia, » tan alabada de culta y sabia, en medio de su cultura » habia admitido todos estos abominables misterios. » En los negocios interesantes, los particulares y las públicas » dedicaban ramerás á Venus, y la Grecia no se avergonzaba de atribuir su libertad á las oraciones » que tales mujeres hacían á la diosa. Después de la » derrota de Jerjes, y de sus formidables ejércitos, se » puso en su templo un cuadro en que estaban representados » sus votos y procesiones con esta inscripción del famoso poeta Simonides: *Estas rogaron á la diosa Venus, la cual, por amor suyo, ha salvado á la Grecia.* » Ya que tratasen de adorar al Amor, parece que debia » ser á lo menos al amor honesto; pero nada de eso. » Solon, ¿quién lo creería? ¿quién hubiera esperado de un hombre tan grande tan grande infamia? Solon, » pito, erigió en Atenas el templo de Venus prostituta, ó » del amor impúdico. Toda la Grecia se hallaba llena de

» templos consagrados á este Dios, y el amor *conyugal*
 » no tenía ni uno siquiera en todo el país. A la verdad
 » detestaban el adulterio en los hombres y las mujeres;
 » y la sociedad conyugal era entre ellos sagrada; pero
 » cuando se aplicaban á la Religion, parecian poseidos
 » de otro espíritu, y perdian las luces de la razon. —
 » La gravedad romana no trató á la Religion mas deco-
 » rosamente, pues consagraba al honor de los dioses las
 » impudicias del teatro, y los espectáculos sangrientos
 » de los gladiadores; es decir, cuanto se puede imagi-
 » nar de corrompido y cruel. No sé si las locuras ridica-
 » las, que se mezclaban en la Religion, eran aun más
 » perniciosas, por el desprecio que hacian recaer sobre
 » ella: en verdad ¿cómo odia conservarse el respeto
 » debido á las cosas divinas, en medio de las imperti-
 » nencias contenidas en las fábulas, cuya representa-
 » cion, ó recuerdo formaban una parte tan principal de
 » aquel culto? Todo el ejercicio público de la Religion
 » no era mas que una profanacion continua, ó mas bien,
 » una irrision pública del nombre de Dios; y era pre-
 » ciso que hubiese allí alguna potencia enemiga de este
 » sagrado nombre, la cual para envilecerle incitase á los
 » hombres á usarle en cosas tan despreciables, y aun á
 » atribuírsele, y prodigarle á sugetos tan indignos. —
 » Si algunos filósofos se atrevian á enseñar que las es-
 » tatuas no eran dioses, segun creia el vulgo, se veian
 » obligados á desdecirse; y aun despues eran desterra-
 » dos como impíos, por sentencia del Areopago. — Todo
 » el mundo estaba envuelto en el mismo error; la ver-
 » dad no osaba parecer. El verdadero Dios, criador del
 » cielo y de la tierra, no tenia templo, ni culto, sino en
 » Jerusalem. Cuando los gentiles enviaban á él sus ofren-
 » das, no hacian otro honor al Dios de Israel que po-
 » nerle entre sus dioses. Sola la Judea conocia su santa
 » y severa emulacion, y sabia que dividir la Religion
 » entre él y los otros dioses, era destruirla. » *Notus in*
Judea Deus: in Israel magnum nomen ejus (Ps. 75). Hé
 » aquí lo que es el hombre abandonado á su razon; dejado
 » á sí solo se precipita en los errores mas monstruosos,
 » juntando lo mas abominable con lo mas sagrado. Solo el
 » juicio ilustrado por la revelacion, se salvó de la corrup-

cion general. ¿Qué inferiremos de una descripcion tan exacta? ¿qué diremos á la vista de un cuadro tan vivo y tan verdaderamente expresado? No se necesitan profundas especulaciones para deducir la necesidad de una revelacion: nunca jamás se vió consecuencia mas conexa con su principio.

§ 4.

211. *P.* ¿Qué especie de prueba hallais contra la suficiencia de la Religion natural en el estado general del mundo, y en la conducta de todos los pueblos?

R. La Religion natural, que se querria sustituir á la revelacion, no se halla establecida en sociedad alguna. Yo recorro todos los países de la tierra; por donde quiera hallo cultos fundados sobre revelaciones, ó falsas ó verdaderas: remitirme pues á una Religion natural, es enviarme fuera del mundo. Ninguna nacion ni salvaje ni civilizada, culta ó ignorante, instruida ó no instruida en las artes y las ciencias, se refiere á sola la razon para determinar el culto debido á Dios. ¿El Señor del mundo, Sabiduría por esencia, exigiria un culto que no se hallase en ninguna parte de él? Nuestros filósofos objetan á la Religion Cristiana que no está bastante extendida; ¿pero y su Religion natural? Aun está por nacer¹.

1 Aquí tiene lugar la observacion de M. Turretin en su tratado universalmente apreciado de la *Religion cristiana*. « Hay » proyectos, dice, que parecen hermosos en la especulativa; pero » que en la práctica no pueden sostenerse. El de los deístas es » uno de ellos. Forman á su arbitrio sistemas de religion natu- » ral, y relaciones de ciertos países imaginarios, para hacer » creer que el hombre viviria feliz bajo esta ley. Por desgracia, » todo esto no pasa de su cerebro, ni existe en ninguna otra parte: es la república de Platon. Hasta ahora no han podido en- » contrar debajo del sol un pueblo que profesase realmente el » *naturalismo*, y efectivamente no le hay. Y aun supuesto que se » llegase á reducir á una nacion á esto, no podría durar así niu- » cho tiempo. En breve se la veria caer ó en un total olvido de » Dios, ó en grandísimas supersticiones; y para un cortísimo nú- » mero que supiesen contenerse en un justo medio, la mayor, la

212. P. ¿Pues no es la *Religion natural* la que siguieron y observaron Noé, y Abraham? ¿no esta floreciente hoy entre los literatos de la China?

R. 1º ¿Qué dirian los filósofos si para demostrar que hay una revelacion, y que nuestro culto es el verdadero, nos viésemos obligados á recurrir á Abraham, á Noé y á los literatos de la China? Una revelacion reconcentrada por tantos siglos en un número tan corto de creyentes, nos dirian, no debe ser muy oportuna para ilustrar al linaje humano, y su extension no hace mucho honor á la eficacia de sus luces. Pues lo mismo les decimos nosotros sobre su Religion natural.

2º La Religion de los Patriarcas tenia sacrificios y ritos aprobados por Dios (Gen. iv, 4; viii, 20, 24; xv, 9, etc.; xvii, 10; 11, etc.). Sus dogmas no eran solamente documentos y lecciones de la razon, sino de Dios mismo. Las verdades enseñadas por la naturaleza, tales como la existencia de un Dios criador, la inmortalidad del alma, etc.; las enseñó tambien la fe á los Patriarcas, segun la reflexion de San Pablo¹, y en la profesion de estas grandes verdades, la luz de la razon estaba sostenida, y asegurada por las luces de la revelacion². — El nacimiento futuro del Mesías fué anunciado á Adán (Gen. iii, 15), y á Abraham (Gen. xxii, 19); y esta fe era el motivo de las consolaciones, y el objeto de los deseos de todos los siervos de Dios. La revelacion les habia enseñado que debian poner toda su confianza en una víctima, que expiando el pecado del primer hombre y sus consecuencias, debia quebrantar la

» máxima parte pararia directamente en la irreligion, ó en la extravagancia. Esto es lo que ha sucedido á todos los pueblos, » que no han sido favorecidos de la luz celestial. » *Vérité de la Relig. Chrét. t. I, lect. 1, c. 6.*

¹ Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium. In hac enim testimonium consecuti sunt senes. Fide intelligimus aptata esse sæcula verbo Dei, ut ex invisibilibus visibilia fierent. *Hebr. xi, v. 1, 2, 3.*

² Hé aquí porque los Patriarcas no han variado en sus dogmas, cuando los sabios del paganismo, como lo acabamos de ver, no tuvieron consistencia jamás, ni firmeza alguna en lo que dijeron y pensaron de mas racional.

cabeza de aquel que habia sido ocasion de él¹; les dictaba que el homenaje del corazon unido á esta víctima adorable quedaba ennoblecido, podia ofrecerse á Dios, y restablecerle en los derechos de la inocencia; que la eficacia de su oblacion atraeria la bendicion del cielo sobre todas las naciones de la tierra². — La tradicion primitiva, entonces reciente, y trasmitida por un cortísimo número de generaciones, era una autoridad suprema é infalible, que prescribia las cosas religiosas, etc., etc. En todo esto no hay ciertamente ni aun apariencia de una Religion puramente natural.

3º Estos literatos de la China, que Voltaire nos da (*Diner de Boulainvilliers*, p. 91; *Philos. de l'hist.*, c. I, p. 8) por un modelo excelente de la Religion natural, segun el mismo filósofo, son puros ateos: hé aquí una union de cosas bien singulares, y que ciertamente nadie habria sospechado. El hecho verdadero es, que estos literatos ni son ateos, ni discípulos ó secuaces de una Religion natural. Unos son idólatras, otros adoran á Dios, y le dan el culto que les parece mejor; algunos son cristianos, muchos no saben ellos mismos lo que creen, ni lo que no creen; les sucede lo que á nuestros filósofos, aunque con menos sutileza de su parte. Por lo demás, estos literatos chinos no hacen mucho honor á la Religion natural, supuesto que ésta sea la suya. No hay país en el mundo en que los hombres empleados (que son todos de la secta de los literatos) sean mas ansiosos de dinero que en la China, y en donde hayan dado tantos, tan repetidos y tan atroces ejemplos de crueldad. Lo que se cuenta de los Calígulas, Nerones y Atilas, es nada en comparacion de lo que ejecutaron en el siglo anterior los Liftching, los Chingchi-Cang, y los Chankien-Chong, que eran de esta clase de los literatos. En una ocasion este último hizo perecer cuatrocientas mil niñas. (Véase la *Historia de la conquista de la China*, t. II, p. 63). Cuanto nos dicen nuestros espiritus

¹ Inimicitias ponam inter te, et mulierem, et semen tuum, et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. *Gen. III, 15.*

² Benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ. *Gen. XXII, 18.*

fuertes de la profunda sabiduría, y grandes virtudes de estos literatos, está desmentido por testigos de vista. (Véase la *Apológ. de la Relig.*, c. 11., § 4). Por lo común nuestros filósofos buscan sus modelos y ejemplares en las extremidades del Asia y África, ó en la oscuridad de los tiempos mas remotos. El error no podrá nunca poner mucha distancia entre sus pretensiones y sus pruebas.

§ 5.

213. *P.* Aunque la Religion natural sea insuficiente por sí misma, sostenida y dirigida por las luces y doctrina de los sabios que tratan de establecerla entre nosotros, ¿no podría equivaler á la revelacion?

R. 1º Si estos hombres no creen la revelacion, no tienen otras luces, ni otra doctrina que la de la razon, que es el principio de la Religion natural; por consiguiente no pueden emplear ni consagrar á esta Religion mas sabiduría que la que han recibido de la razon, y que ella tiene en sí misma: sabiduría que hemos demostrado no ser suficiente.

2º No basta conocer la Religion natural, y explicarla en libros y folletos; es necesario además enseñarla al pueblo, á los idiotas, á los salvajes, y para esto acostumbrarse al clima, á las costumbres, á los alimentos, á la habitacion de aquellos á quienes se quiere instruir. Conviene sobre todo predicar con el ejemplo. Por el honor de la filosofia seria de desear, que nuestros doctores anticristianos, transformados en misioneros, hu-

1 Estos maestros del género humano, que en el reposo y quietud de su gabinete, y en el seno de una vida cómoda y deliciosa, escriben tantos folletos para establecer sus dogmas y su moral, ¿han emprendido siquiera visitar una sola aldea para llevar sus preciosas lecciones á los pobres paisanos? En esa secta numerosa, que inunda hoy la faz de la Europa, se ha hallado un solo Apóstol que haya dejado su casa, patria y familia por ir á combatir la ignorancia y la supersticion, esos grandes enemigos de la filosofia, y hacer brillar su sabiduría entre los iroqueses, hurones, cafres y caribes? ¿Cómo se concilia ese gran zelo por la verdad y la humanidad, ese entusiasmo de beneficencia, ese ardiente amor por sus semejantes, con tanta apatía é indolencia?

biesen civilizado, amansado, y reunido en cuerpo de república alguna nacion salvaje, y nos hubiesen hecho ver lo que pueden obrar su moral y su Religion natural. Platon no pudo empeñar á una sola aldea de la Grecia á vivir segun sus máximas: ¿nuestros filósofos serán mas hábiles, ó mas dichosos? Entre los pretendidos defensores de la Religion natural no se ve mayor sabiduría, ni mas probidad, ni mas celo por el culto de Dios, que entre los partidarios del Ateismo, y lo que hemos dicho de los unos, se verifica igualmente en los otros. (Véase el lib. 1, c. 5, §. 2).

3º Estos sabios tan celosos en favor de la Religion natural, hasta ahora no han podido decirnos exactamente en qué consiste. No he hallado dos filósofos que hayan dado de ella una misma idea, la misma definicion, y la misma extension á sus pruebas, dogmas y leyes. Cuantos he consultado sobre el particular, todos se refutan mutuamente. *Conviene, dicen, adorar á Dios, y ser hombre de bien.* Pero ¿qué quiere decir *hombre de bien*? En esto ya no convienen. No lo extraño: desde el momento en que se sacude el yugo de toda autoridad para no escuchar mas que á la razon, siempre dispuesta á hacer liga con las pasiones, la moral natural se oscurece; así como la moral revelada se oscureció entre los protestantes por el desprecio de las decisiones de la Iglesia. «Principio de que es necesario reducir la Escritura á la recta razon, ¿y á dónde iremos á parar? ¿No se ha visto á los protestantes enseñar especulativa y prácticamente la polygamia? y cuando hubiéremos llegado aquí, ¿cuál será el buen sentido en las costumbres, sino lo que agrade á cada uno?... Será preciso reducirlo todo á la generalidad del amor de Dios y del prójimo, dejando á cada uno la libertad de aplicarlo después, segun y como le parezca mejor... ¿Cuánto no han dogmatizado los Anabaptistas, y demás entusiastas, sobre el juramento, los castigos, el modo de orar, el matrimonio, la magistratura, sobre el gobierno eclesiástico y secular? Los Socinianos, ¿cuánto no

» han ensanchado el camino de la salud, sometiendo
 » únicamente á la pena de condenacion los *hábitos vicio-*
 » *sos?* » La mayor parte de estos artículos miran tanto
 á la Religion natural como á la revelada. Ahora bien, si
 con todo su respeto para la revelacion, los herejes han
 variado tanto sobre todos ellos, ¿qué será de un hombre
 que no tenga mas regla que su razon? Al que tienen por
 el mas sensato de nuestros incrédulos (*J.-J. Rousseau*),
 se le ha visto con igual celo establecer y trastornar unos
 mismos sistemas; discurrir en pro y en contra del due-
 lo, hacer la apología del suicidio, y condenar este fre-
 nesí; disminuir el crimen del adulterio, y reunir las ra-
 zones mas enérgicas y vigorosas para hacer sentir el
 horror de él; declamar contra los filósofos impios é ir-
 religiosos; y favorecer sus sentimientos; impugnar con
 sofismas la existencia de Dios, y confundir á los ateos
 con argumentos ineluctables; combatir la Religion cris-
 tiana con objeciones insidiosas, y celebrarla con los mas
 sublimes elogios... Está probado ya que los enemigos
 de la revelacion no pueden fijarse en nada¹, y que sus
 principios los conducen directamente al ateísmo; que el
 deísta, y el ateo no pueden desconocer su inconse-
 cuencia. Un ateo celoso lo ha demostrado así, y nos-
 otros tendremos ocasion de hacerlo observar mas de una
 vez. Cuando el hombre ha cerrado los ojos á la luz, por
 mas talentos que se le supongan, ó pueda tener, sus
 esfuerzos de nada le aprovechan, nada valen; él mismo
 no sabe lo que quiere establecer: será instruido, pro-
 fundo, elocuente, pero sin fruto, inútilmente².

4º Aun cuando se concordasen, y estuviesen constan-
 tes en sus principios, ¿no tendría cualquiera derecho
 para pedirles los títulos de su magisterio, y preguntar-
 les, con qué autoridad se erigian en maestros? Ó su au-
 toridad se daba por infalible, ó no: si lo primero, eran
 necesarias un gran número de pruebas, y pruebas de

¹ Véase el tomo 1º de esta *Biblioteca*, cap. 2 y sig.

² Oculos ubi languida pressit
 Nocte quies, nequidquam avidos extendere cursus
 Velle videmur, et in medijs conatibus ægri
 Succidimus. *Eneid.* XII, 908.

primer orden, que demostrasen esta infalibilidad; si lo
 segundo, cada uno será libre para creerlos ó no creer-
 los: solo un loco será el que crea sobre la palabra de
 un hombre tan falible como él. Si dicen que no enseñan
 mas que la razon; yo tambien, dirá, tengo razon como
 ellos y no necesito que me vengan á enseñar. « Aun
 » cuando se hubiesen reunido, dice Locke (*Christian*,
 » *raison*. t. 1, c. 14) todos los preceptos de Solon, Bias,
 » Zenon, Ciceron y Séneca; y aun para hacer mas com-
 » pleta la obra, fuésemos á la China á consultar á Con-
 » fucio, y al célebre Anacarsis en la Scytia; ¿por dónde
 » ó cómo esta coleccion de preceptos habria podido ve-
 » nir á ser una regla fija, y una verdadera copia de la
 » ley en que vivimos? ¿Tendria su autoridad de Aristipo,
 » ó de Confucio? ¿Tenia acaso Zenon derecho de dar
 » leyes al género humano? Si no le tenia, todo lo que
 » él, y cualquiera otro filósofo podia decir, no se mirará
 » sino como la opinion de un hombre particular, que
 » los otros podrán admitir ó desear; de otra suerte,
 » será necesario admitir igualmente todo lo que han
 » enseñado los otros filósofos, etc., etc. »

214. *P.* Pero una buena intencion, un fin recto, un
 celo grande por la verdad, ¿no bastan para autorizar el
 magisterio y enseñanza de los pueblos? Es cierto que los
 filósofos se contradicen; ¿pero los teólogos no se oponen
 tambien unos á otros?

R. Quanto mas monstruosos han sido los errores, tan-
 to mas uso han hecho del nombre de verdad los que
 los han predicado. Ya lo observaba así San Agustin ha-
 blando de los Maniqueos, y su observacion se ha veri-
 ficado en todos los siglos: *Dicebant: Veritas, veritas; et*
multum eam dicebant mihi, et nusquam erat in eis. (L. III,
Conf.) J. J. Rousseau, que conocia bien á sus coherma-
 nos y colegas, nos hace la misma advertencia, la cual
 puede servirnos tambien contra él mismo. (*Emil.* t. III,
 p. 197.) « Huid, dice, de aquéllos, que bajo el pre-
 » texto de explicar la naturaleza, siembran en los cora-
 » zones de los hombres doctrinas desoladoras, y cuyo
 » aparente escepticismo es cien veces mas afirmativo
 » y dogmático que el tono decisivo de sus contrarios.
 » Bajo el orgulloso pretexto de que solos ellos son ilus-

» trados, veraces, sinceros, nos someten imperiosa-
 » mente á sus decisiones magistrales, y pretenden darnos
 » por verdaderos principios de las cosas los ininteli-
 » gibles sistemas, que se han formado en su imaginacion.
 » Por lo demás, trastornando, destruyendo y hollando
 » todo cuanto los hombres veneran, quitan al afligido el
 » último consuelo en sus trabajos y miseria, á los ricos
 » y poderosos el único freno de sus pasiones; arrancan
 » de los corazones el remordimiento del delito, la espe-
 » ranza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bien-
 » hechores del género humano. La verdad, dicen; jamás
 » es novicia á los hombres; lo creo igualmente que ellos;
 » y esta es, á mi entender, una gran prueba de que lo
 » que ellos enseñan, no es verdad.» — Es cierto que
 los teólogos disputan entre sí, pero sus disputas no son
 sobre el fundamento de la fe, ni sobre los artículos de
 ella, ni sobre los dogmas esenciales de su Religión; en
 una palabra, no se contradicen en la enseñanza pública
 del pueblo. Si San Pedro hubiese predicado un Dios, y
 San Pablo el Materialismo; si San Juan hubiera dicho:
Jesucristo ha resucitado, y Santiago hubiera dicho que
 no, seguro es que no habria hoy cristianos en el mundo.

§ 6.

215. *P.* Aun cuando se supusiese que la Religión
 natural fuese suficiente para dar á Dios el verdadero
 culto, formar las virtudes, y asegurarnos sus recompen-
 sas, ¿podria ella llegar á ser la Religión de los pueblos y
 naciones?

R. No. El hombre no quedaria aun satisfecho: su
 corazon y su espíritu piden esencialmente un culto ce-
 remonial, y análogo á los sentidos, fundado sobre una
 revelacion verdadera ó falsa. Esto es á la menos lo que
 nuestros filósofos nos aseguran en todas partes. ¿Por
 qué pues establecer una tesis, cuya imposibilidad nos
 están predicando al mismo tiempo? ¿no se diria esto
 mofarse de los hombres?

CAPÍTULO III.

De la Revelacion.

216. *P.* Convento desde luego en la necesidad de la
 revelacion: ¿pero cómo nos demostrais su existencia?

R. Por su misma necesidad¹. Un Dios bueno y sabio
 no ha podido negar á su mas preciosa y querida obra
 una luz necesaria para su felicidad, y el conocimiento
 de sus obligaciones y deberes con su Hacedor. Lo con-
 trario habria sido abandonar á sus criaturas al modo que
 los Tártaros abandonan á un enemigo en medio de los
 desiertos, y el avestruz deja sus huevos sobre las arenas
 abrasadoras del África: *Crudelis quasi struthio in deser-
 to.* (*Jer. Thren.* IV. 3)².

1 Demostrada la necesidad de la revelacion, lo está igualmente
 su existencia; por que Dios no falta nunca en las cosas necesarias.
 ¿Será necesario pararnos siquiera á demostrar su posibilidad?
 ¿Cómo? El que hizo la lengua, y dió al hombre el don de la pa-
 labra, ¿no hablará? Los hombres, que son obra y hechura suya
 pueden comunicarse mutuamente sus ideas, sus proyectos, sus
 descubrimientos, las verdades que conocen; ¿y á Dios que formó
 y dirige los órganos de todos los hombres, le negaríamos la facul-
 tad de hablar á los hombres, de hacerse oír de ellos? Un Príncipe
 puede por medio de un ministro, de un embajador suyo, manifi-
 star sus designios á otro Príncipe etc.: y el que manda á todos
 los Príncipes y Soberanos de toda la tierra, igualmente que á to-
 dos los pueblos, que los ha hecho á todos, y dado cuanto tienen
 y lo que son, no podria ó por sí mismo, ó por un enviado reves-
 tido de su poder y de su autoridad, dar á conocer al hombre sus
 perfecciones, sus designios, sus voluntades, etc.? Nos avergonza-
 ríamos de exponer y estampar entre católicos estas razones, si
 los incrédulos hubiesen tenido pudor de propalar los errores con-
 trarios.

2 Todo cuanto se ha dicho de la *Insuficiencia de la Razon* para
 dar á conocer perfectamente á los hombres sus deberes y obliga-
 ciones, su último fin, sus principales intereses, demuestra al mis-
 mo tiempo la necesidad de la revelacion. Es constante, sin poder